

Los Sueños de Arturo

Carmen del Bosque Nieto

Image not found.

Capítulo 1

LOS SUEÑOS DE ARTURO

Arturo corría por las solitarias calles de Londres, con peligro de resbalar y caer a causa de la abundante nieve, en dirección a la posada. Sus mejillas y su nariz estaban coloradas y en sus ojos había una expresión atónita. ¿Dónde estaban todos? ¿Por qué habían cerrado las tiendas? Un pensamiento desolador cruzó por su mente.

— ¡La posada! ¡La espada de Kay! —y aceleró la marcha, si esto era posible.

—Arturo, muchacho, ¿qué ocurre? —La voz parecía provenir de lo alto, cosa bastante extraña, pero que no pareció preocupar en absoluto al chico, hasta el punto de responderle.

—A Kay se le olvidó la espada en la hospedería y me temo que...

No puedo terminar la frase. Tal era la velocidad que llevaba, que se topó con la puerta de la posada bastante antes de lo que él pensaba. El topetazo fue tremendo y cayó hacia atrás como si hubiese sido lanzado desde una catapulta. El pobre Arturo quedó tumbado en el suelo en toda su largura, que era mucha, y anchura, que era poca.

Arquímedes, esa voz del cielo resultó ser un búho pardo, se posó en la cabeza del chico y, sujetándose con las garras a su cabello, se inclinó hasta quedar cara a cara con Arturo.

— ¿Te encuentras bien, muchacho? —Murmuró el ave contrita.

Arturo tuvo que bizquear para poder enfocararlo con la mirada.

—No muy bien, Arquímedes, no muy bien.

—Es lógico —La voz del búho sonó pedante, del mismo modo que cuando nos dicen aquello de, "¡ya te lo decía yo!", y esto significaba que iba a sermonearle. En efecto, Arquímedes extendió sus alas y voló hasta el suelo, donde comenzó a pasear de aquí para allá, como si fuese un profesor en una clase—. Te dije Arturo que era peligroso correr de esa manera tan absurda, después de la nieve que había caído. Pero no me hiciste ningún caso y me dejaste con la palabra en la boca, y esto es algo que no tolero.

—Lo siento Arquímedes, pero Kay...

—Y se frotaba el cuerpo

dolorido.

—Kay puede esperar —Siguió enfadado el búho— y como pienses que todo lo que te ha ensañado Merlín fue con la finalidad de amarte caballero, vas un tanto desencaminado, Arturo.

—Pero yo quiero ser caballero, Arquímedes —Trató de incorporarse, lo cual logró después de varios intentos. Sin embargo, una vez de pie comprobó que no le mantenían muy firme sus dos larguiruchas piernas.

— ¿Ves lo que has conseguido? —Y el búho se encaramó en la barra que sostenía el rótulo de la posada, en la cual se podía ver dibujado a otro búho en la misma posición que Arquímedes. Arturo se tapó la boca con la mano, en un intento de contener la risa—. Te has ensuciado y pareces más un borracho que un niño.

Arturo se sacudió la nieve de la ropa y se irguió cual largo era. No le gustaban los sermones de Arquímedes, además de que en estos momentos tampoco estaba como para ellos. De pronto, recordó a Kay y a su espada. Sin hacer caso de Arquímedes, que más bien parecía una cotorra que un búho, se aproximó a la posada y comprobó que estaba cerrada y atrancada. Era lógico, todo el mundo había ido a ver el Gran Torneo, por eso las calles estaban desiertas y las tiendas cerradas. Y Kay necesitaba una espada para poder participar en él. Pero, ¿dónde podría encontrar alguna? Se alejó de la posada, dejando a Arquímedes de nuevo con la palabra en el pico, y se encaminó calle abajo. El búho, a quien por otra parte le encantaba oírse, se dio cuenta de la situación cuando Arturo ya estaba a bastantes metros de la posada.

— ¡Es inaudito! —Exclamó y emprendió el vuelo en dirección al muchacho—. Hoy en día no respetan a los mayores. ¡Espera, Arturo!

En esos momentos, éste llegó frente a una armería, también cerrada, con una nota fijada en la puerta: "Si buscas una espada, este es el sitio adecuado. Esperen, regresaré pronto".

—Pero yo no puedo esperar, Arquímedes —Se dejó caer con desgana en un poyete situado a la derecha de la puerta de la tienda.

—Vamos, no te desanimas muchacho —El búho se posó en un hombro de Arturo—. Todavía no le ha llegado a Kay el turno de intervenir en el torneo. Tenemos tiempo suficiente para encontrar una espada. Además, creo haber visto una, aunque no recuerdo dónde...

— ¡Arquímedes, haz memoria! —Se levantó de un salto con tanto ímpetu, que el búho se balanceó peligrosamente en su hombro y a punto estuvo de caer. Después, achuchó con su índice la pechuga del ave,

apremiándolo para que recordara— ¡Vamos, Arquímedes!

— ¡Suéltame o te daré un picotazo!

Arturo lo soltó y el búho salió volando por los aires, mascullando improperios contra los niños, las espadas, los Kays y los torneos de toda Inglaterra. Ahora no le daba la gana hacer memoria.

Arturo vio con rabia y tristeza como se alejaba y a punto estuvo de llorar, pero se contuvo. Se restregó la nariz con el dorso de la mano y comenzó a andar. De pronto, muy cerca de allí, distinguió un extraño fulgor que provenía de la parte izquierda de calle. Corrió hasta ese lugar y descubrió algo sorprendente: un patio cerrado por una verja y en el centro una hermosa espada clavada en un yunque. Arturo se acercó más y se quedó contemplando con la boca abierta la espada. Parecía nueva y centelleaba al chocar con los débiles rayos del sol invernal. Sonrió y pensó que aquella espada le vendría de perlas.

Sin pensarlo dos veces, saltó la verja. En ese momento, grandes nubes ocultaron el sol y comenzó a nevar.

Vaya, lo que faltaba —y se puso la caperuza que colgaba de su capa.

— ¡Espera, Arturo! —Era Arquímedes que regresaba. Voló en círculos alrededor del chico, para posarse luego en la rama de un árbol cercano—. Creo que no deberías tocar esa espada.

— ¿Por qué, Arquímedes? —Preguntó más por educación que por otra cosa, pues estaba decidido a cogerla.

—Hay algo escrito en letras doradas en el yunque —Arquímedes entrecerró los ojos para intentar leerlas, pero las veía borrosas y no lo consiguió—. Anda, Arturo, dime lo que dice; mis ojos no son lo que eran.

— ¿Y cómo cazas por la noche, Arquímedes? —Se burló el chico divertido.

—Eso no es asunto tuyo —Replicó el búho y se le encresparon todas las plumas. Aunque era cierto que tenía problemas y muy gordos. Los más frecuentes y duros eran los golpes contra los árboles—. Léemelo, muchacho.

—“Quienquiera extraiga la espada de este yunque, será rey de Inglaterra por derecho propio” —Arturo se restregó los ojos cuando terminó, pues le lloraban a causa del brillo de las letras—. ¡Oh, Arquímedes! he estado a punto de coger esta espada.

—No creo que lo hubieses logrado —Y tosió como si fuera a dar un discurso—. He oído por ahí, y de hecho me lo confirmó Merlín, que muchos grandes caballeros y barones del país intentaron sacar esa espada del yunque y proclamarse así reyes de Inglaterra, aunque ninguno lo consiguió. Ni lo grandes ni fuertes, ni los pequeños ni débiles, nadie. Soy de la opinión, querido Arturo, que únicamente el que tenga ese derecho propio podrá extraer la espada.

— ¿Quieres decir que solo el descendiente de Uther Pendragón podría arrancarla? —Arturo miraba alternativamente a ésta y al búho.

—Ese es mi humilde parecer —Y abrió sus ojazos satisfecho.

—Es una espada preciosa, Arquímedes, dan ganas de ser rey solo por el hecho de lucirla y esgrimirla. —Arturo se acercó a ella y la sujetó por la empuñadura. Vio que en ella había incrustadas gemas de diversos colores y que la hoja estaba tan pulida que se reflejaba su cara—. Acércate, Arquímedes, mira que brillante es.

El búho extendió las alas y se posó encima del yunque, con lo quedó frente a la espada. Arturo tenía razón, en ella pudo verse y contonearse a placer. Desplegó y plegó sus alas varias veces, abrió y cerró los ojos y se revisó todas las plumas para comprobar si no le faltaban muchas. No es que le satisficiera mucho su examen. El tiempo pasaba para todos, incluidos los búhos, y sus plumas se habían pelado y vuelto blancas, además de que sus ojos no eran ya tan claros y vivaces. Sin embargo, pensó que no todo búho pardo a su edad se encontraba tan bien como él.

Mientras tanto, Arturo se preguntaba quién podría ser el caballero que sacara la espada y se imaginó, por unos instantes, así mismo como rey de Inglaterra.

—El rey Arturo; no suena mal, ¿verdad Arquímedes?

—No, no suena nada mal muchacho —Dejó de mirarse en la pulida superficie y voló hasta el hombro del niño—. ¿Y qué harías si fueses rey de Inglaterra?

Arturo se echó a reír y se puso un poco colorado.

—No lo sé, así de repente.

—Imagínatelo, Arturo —Le susurró el búho con el pico introducido en la oreja del niño.

Éste comenzó a pasear a grandes zancadas sin importarle la nieve,

que ya caía en abundancia. Se rascó la barbilla y dijo:

—Haría que todo el mundo fuera feliz y que aprendiesen a leer y escribir.

— ¡Bravo, bravo!

—Intentaría, con todos los medios a mi alcance, que no hubiera guerras, que en Inglaterra se pudiese vivir en paz. Construiría caminos para que la gente transitara sin peligro a los ladrones y pondría guardias en las aldeas para que no fuese necesario atrancar las casas.

— ¿Sabes que las enseñanzas de Merlín y las mías han dado su fruto? —El búho miró al muchacho con sus grandes ojos más abiertos, si esto era posible.

Arturo se irguió satisfecho.

— ¿En verdad lo crees? —Rió entusiasmado ante la afirmación del ave. Durante unos minutos permaneció pensativo y luego prosiguió—; creo que haría más cosas, Arquímedes.

— ¿Cómo cuáles? —El búho se sentía muy interesado por lo que su “medio alumno” dijera. Se arrellanó en su hombro para escucharlo más cómodamente y protegerse, a la vez, del frío y de la nieve.

—Mi corte no estaría en Londres, ni en ningún otro sitio conocido, sino en Camelot, un lugar bello y limpio, lleno de concordia, donde reuniría a los caballeros más valientes de Inglaterra. Pero para llegar hasta allí, sería necesario que esos hombres llevaran a cabo las hazañas y aventuras más increíbles que se hubiesen conocido jamás. Por eso, Camelot sería inexpugnable y yo nunca sería vencido.

—Oye, ¿sabes que me da mucha pena que no seas rey, Arturo?

—A Kay le haría senescal de mis tierras, y tú y Merlín viviríais conmigo en mi castillo.

— ¡Bravo, bravo! —Gritó Arquímedes batiendo sus alas.

Arturo hablaba ensimismado, como si le hubiese venido una gran inspiración.

—También haría una Gran Orden: La Orden de los Caballeros de la Mesa Redonda —Dijo sonriendo de oreja a oreja.

— ¿Y por qué redonda? —le preguntó el ave mirándole fijamente a

los ojos.

—No lo sé, pero creo que así nadie ocuparía un lugar privilegiado, incluido yo, y todos seríamos iguales. No habría envidias, ni odios, ni rencillas.

“Este chico ha crecido mucho desde que le instruimos Merlín y yo” —pensó Arquímedes mientras le miraba complacido—; “puede llegar a ser alguien muy grande. Pero, todo esto que cuenta creo haberlo oído antes, aunque no recuerdo...”

De pronto, el búho pegó un salto.

— ¡Mira, Arquímedes! —Gritó Arturo que se había aproximado a la verja y miraba la calle desierta—. El armero ha vuelto a la tienda.

—Vale, vale muchacho, pero no hace falta que pegues esos sustos —Volvió la cabeza y advirtió que el chico tenía razón. Ahora podrían conseguir la espada para Kay—. Bueno, se acabaron los sueños Arturo, hay que volver a la realidad.

—No me importa en absoluto, Arquímedes —se encogió los hombros y sonrió—. Creo que no me sentaría muy bien la corona.

—Claro, claro —Pero el búho recordó, de pronto, algo que le había ordenado Merlín y que se refería a Arturo ¿Un deber que cumplir? ¿Un gran esfuerzo que realizar? ¡Por todas las palomas regordetas! ¿Por qué tenía tan mala memoria?

—Adiós espada, espera a tu rey —Dicho esto, el muchacho saltó la verja y corrió hacia la armería.

La nieve había cubierto la calle y el frío era intenso. Arquímedes, acurrucado en la capucha de su joven alumno, se preguntó una y mil veces dónde había visto antes esa espada, por qué le sonaba tanto lo de Camelot y la Mesa Redonda, y cuál era la misión que le encomendó Merlín tan vital para Arturo. Al poco tiempo, se quedó dormido.